

A C T I T U D E S

ARPEGIO INTERMINABLE

Por LEON JOSE BUIL

Porque te marchas ya
y el perro no lo sabe,
yo me he sentado atrasando un año
y aquí revuelvo:
«Buenos días, enhorabuena, no sé» y
otras cosas por el estilo.
Pero eso no.
El muro no lo entiende, porque tiene corazón de piedra,
y los hombres tampoco, porque llevan patines en los pies.
Pero, yo sí que entendía.
También esperaba aquello. Y todo un año
un año
basculando sobre aquel minuto, casi parecido
al que nos da el ser.
También el sol estaba esperando
a que mi pecho se ensanchara.
Tú, rumiando golondrinas de tres días.
Corales sonrientes te acariciaban el cuello.
Tú, acariciando nuevos paisajes humanos
quizá sin trascendencia, te dormías
en los profundos prados de tus ojos
y dos ojos más,
volando hasta alcanzarte por el cielo,
presagiaban albores semiabiertos de aventura
y ocasos cerradísimos de miedo.

Pero, ahora, qué mal.
 Cuando el sol se me ha metido dentro
 y tú te has dado cuenta
 y tienes miedo que salga y te quemé...
 No sé por qué tienes miedo.
 Yo abogaré mi sol hasta que quieras
 y entonces saldrá resplandeciente
 y hará germinar la planta que Dios puso
 para gloria sublime de su nombre.
 Como te acercas ya, voy a desvanar un año.

*

Yo tenía entonces mucho miedo
 quizá porque en el cielo no había nubes,
 (y ahora también).
 Pero me parece
 que ya no espero más.
 Cuando el perro les grite a los pájaros,
 yo me esconderé para hablarte.
 No me importa que la máquina
 lllore y diga que se muere.
 Yo te diré que te estoy engañando
 como me engaña la vanidad
 como la acequia a la luna.
 Y ahora
 mientras me tiemblan de miedo los oídos
 y la esperanza sube
 y espero que el perro
 eche su primer discurso a los pájaros colgados de sueño,
 mi pensamiento te quita el polvo
 para ver tu espíritu limpio.
 Supongamos:
 Que mi esperanza muere,
 que tú me buyes resbalando por el viento,
 que se me hunde el suelo en la mirada.
 Igual me da, quizá lloroso me alejaré buscando aquel
 discurso que pronuncia a los pájaros el perro.
 Yo te he contado
 que tenía un gusano en las palabras
 y (esto no te lo dije) que eras tú que te metías
 en mi cuerpo.
 Así, turbándome los sueños

has estado por decreto de la sala segunda del corazón,
trescientos sesenta y cinco días y una eternidad.

Pero ya me cansa
la sala segunda, el gusano y la condena.

*

Por qué tengo tanto miedo
no lo sabe nadie.

Un canario me pica en la cabeza y me pone en los ojos
tardes tristes, el corazón se baja a la bodega
mientras los pies caminan
por senderos de viento archigustado, y
entonces sale el sol del huerto de las rosas negras,
y me doy cuenta que tengo los ojos
repletos de ponientes desmayados, y...
¿Cómo brillará la tarde en un mediodía
en el que el sol enciende a todo el mundo?

*

Nunca me ha importado mucho
que los hombres paseen por las nubes aplastadas,
pero no sé por qué me parece que creen
que yo tengo allí la cita
de algún cordero gris con vueltas rojas.
Tampoco sé por qué me miran
como a un termómetro que explote en el helero,
en la selva, no sólo quedan tigres, también hay gamos.
No me extraña que el gato se ría del ratón que huye,
ni que el perro haga crecer la esquina
con los riegos de una risa superabundante,
pero yo tengo un muerto que me habla
y otro que me pasea y me sonríe.
No os riáis al mirar un cementerio
que sufre por los muertos que le agobian.

La calle está mojada, los transeúntes
secan sus corazones sudorosos con papeles, mientras
los pobres juegan a ver quién suelta más lágrimas
y la gente dice: ¡Pobres hombres! A mi
si me vieran llorar, yo creo que se reirían. ¿Por qué?

*

Por fin he aprendido
 que el silencio
 acerca las estrellas a los ojos del que las mira,
 ya sea para ver su fortuna
 o de qué minuto va a descender el amor,
 y que también las acerca
 a aquél que espera
 cazar la estrella más lejana
 la más rara
 la que nadie conoce.

Yo también adquirí una estrella
 —En la boca el Doctor Angélico—
 hace aproximadamente algunas eternidades
 y ya me canso de lanzarle versos dementes
 porque ella
 —colgándole las piernas sobre el vacío—
 se ríe
 se ríe

y desvía mis versos hacia otra estrella
 que no sabe ni de versos, ni de niños,
 ni de madre, ni del firmamento que la rodea.

*

¡Cómo te vas! Y no quieres,
 pero tu espíritu te lleva lejos
 del mar, de la tierra, de las nubes aplastadas.
 ¿Cómo no te encuentro?
 Tú estás volando cerca
 en un mundo mejor, yo te veo y
 quiero subir, casi te toco y
 se nos interpone el miedo y
 nos aleja nuevamente.

Cuando te persigo
 tú saltas por rosarios de peldaños gigantescos
 y subes a la cabeza de tu nido
 y vuelas alta, alta
 y dejas la ciudad muerta para mis gritos,
 mientras la gente —cuando vive—
 se oprime el estómago
 y solamente los más enterados
 dicen que es la angustia de nuestro tiempo.
 ¿Qué saben ellos de esa otra angustia

que está en todo mi cuerpo y me oprime
 con el peso de un universo
 que en cada minuto no acaba nunca?
 Pero es inútil.
 No siempre da Dios ojos para ver
 el espíritu que corre o
 el que nos da vueltas alrededor.
 Por eso mi boca calla y la ciudad
 está muerta para mis gritos.
 Pero . . . ¡Cómo te persigue mi espíritu
 por el cielo!

*

Yo conozco una esquina,
 allí se murió el otro yo.
 También por las paredes hay exvotos
 como en cualquier ermita arrugada.
 Allí ofrecí muchas veces mi silencio
 para desarrugarte la frente, y
 mi dolor luchaba con el tuyo
 —distinto, completamente tuyo—.
 También me acuerdo que un día
 se desprendían las paredes de tristeza
 porque los dos reíamos mientras
 llorábamos por dentro!
 Pero ¡qué cosas ocurren!
 También hace años
 conocimos los dos esa esquina de pelo gris,
 era la protección de todos
 o también donde podía asaltarnos el peligro.
 Y no sé ciertamente
 si la esquina será ahora
 protección o peligro.
 Por si acaso
 sigo ofreciendo por ti mis penas
 y en los muros voy colgando mis esperanzas
 que mueren cada día
 para nacer al siguiente
 con mucha más pujanza
 como las ilusiones de un niño cualquiera.
